



MONKTON
EL LOCO

WILKIE COLLINS



ILUSTRADO POR
FIDEL MARTÍNEZ

Encabezada por *Monkton el loco*, los cuentos reunidos en esta antología de Wilkie Collins, autor coetáneo y amigo personal de Charles Dickens —no en vano, fue al autor de *Oliver Twist* a quien le debe haberse dado a conocer popularmente—, tienen en común un tono socarrón, que en ocasiones tiende incluso a lo paródico, y un marcado acento cotidiano.

En sus páginas se puede apreciar el instinto de Collins para el suspense y su habilidad para alargar, retorcer, hilvanar y reinventar sus enrevesadas tramas, que le hicieron merecedor de elogio y admiración por parte de autores tan dispares como T. S. Eliot o Jorge Luis Borges, quien le tenía por el «maestro de la intriga».

Unos relatos a los que Fidel Martínez se ha acercado con respeto y pasión, a partes iguales, para regalarnos unas ilustraciones con evocadores trazos negros y grises sobre blanco que, aunque remiten a maestros del dibujo como Alberto Breccia o José Muñoz, demuestran una manifiesta personalidad propia.

MONKTON EL LOCO

I

Los Monkton de la abadía de Wincot no tenían excesiva fama de sociables en nuestro condado. Nunca acudían de visita a las casas de otras familias y nunca recibieron bajo su propio techo a nadie que no fuese mi padre o una dama y su hija que vivían cerca de su residencia.

Sin duda eran orgullosos, y sin embargo no era el orgullo, sino el temor, lo que los mantenía apartados de sus vecinos. La familia había padecido durante generaciones un horrible caso de locura hereditaria, y sus miembros se mostraban reacios a pasear su desgracia frente a otros, tal y como tendrían que haberla expuesto de haberse entremezclado con el ajetreado mundo que los rodeaba. Existe una terrible historia acerca de un crimen cometido hace mucho tiempo por dos Monkton, un acontecimiento que pareció preceder al primer caso de locura; pero no será necesario sobresaltar a nadie relatándolo aquí. Baste decir que, a intervalos, casi todas las formas conocidas de demencia se manifestaron en diversos miembros de la familia, siendo la monomanía su expresión más frecuente. Fue a través de mi padre como tuve noticia de estos hechos, y también de un par más que aún tengo que relatar.

Durante mi juventud ya no quedaban sino tres Monkton en la abadía: el señor y la señora Monkton, y su hijo, Alfred, el heredero de la propiedad. El otro representante vivo de esta rama, la más antigua de la familia, era el hermano pequeño del señor Monkton, Stephen. Era este un hombre

soltero, y en posesión de una estimable finca en Escocia, pero vivía casi de continuo en el continente y tenía reputación de libertino y desvergonzado. La familia de Wincot mantenía con él casi tanto contacto como con sus vecinos.

Ya he mencionado a mi padre, y a una dama y a su hija, como los únicos privilegiados a los que se les permitía el acceso a la abadía de Wincot.

Mi padre había sido un viejo compañero de instituto y universidad del señor Monkton, y el azar los había unido con tanta frecuencia en su vida posterior que su intimidad era completamente comprensible. Para lo que ya no estoy tan capacitado es para describir los términos amistosos en los que la señora Elmslie (la dama a la que he aludido) se relacionaba con los Monkton. Su fallecido esposo había sido pariente lejano de la señora Monkton, y mi padre era el tutor de su hija. Pero estas demostraciones de amistad y respeto nunca me parecieron lo suficientemente intensas como para explicar la intimidad entre la señora Elmslie y los ocupantes de la abadía. Sin embargo, ciertamente compartían una intimidad y, a su debido tiempo, el constante intercambio de visitas entre las dos familias acabó por dar sus frutos: el hijo del señor Monkton y la hija de la señora Elmslie se sintieron mutuamente atraídos.

Yo no tuve oportunidad de ver muy a menudo a la joven; únicamente la recuerdo en aquel entonces como una chica delicada, dulce y agradable. Exactamente el polo opuesto en apariencia, y al parecer también en carácter, de Alfred Monkton. Pero quizá fuera esa una de las razones por las cuales se enamoraron. La atracción entre ambos pronto fue descubierta y aprobada por sus padres. En todos los puntos esenciales, excepto el de la riqueza, los Elmslie podían compararse perfectamente con los Monkton, y para el heredero de Wincot la necesidad de que la novia recibiera una buena dote resultaba del todo irrelevante. Era de conocimiento común que, a la muerte del señor Monk-

ton, Alfred recibiría un estipendio de treinta mil libras anuales.

De este modo, aunque los padres de ambas partes coincidieron en que los jóvenes aún no eran lo suficientemente mayores para casarse de inmediato, no vieron razón alguna por la que Ada y Alfred no pudieran comprometerse, con el entendimiento de que no se unirían en matrimonio hasta que el joven Monkton cumpliera la mayoría de edad, algo para lo que aún faltaban dos años. Mi padre, en calidad de tutor de Ada, fue la única persona con la que las dos familias consultaron el asunto. Él sabía que la desgracia de la familia de la abadía se había manifestado hacía algunos años en la señora Monkton, que era prima de su esposo. La *enfermedad*, tal y como se la aludía en nuestro círculo, había conseguido paliarse gracias a un cuidadoso tratamiento, y había sido dada por superada. Pero mi padre no iba a dejarse engañar. Sabía perfectamente que la corrupción hereditaria seguía acechando; contemplaba con horror la más que probable posibilidad de que algún día reapareciera en la progenie de la única hija de su amigo, y se negó sin contemplaciones a dar su consentimiento al compromiso.

El resultado fue que se le cerraron tanto las puertas de la abadía como las puertas de la casa de la señora Elmslie. Poco tiempo después de aquella interrupción de su amistad, la señora Monkton murió. Su marido, que se sentía muy próximo a ella, cogió un violento catarro mientras asistía a su funeral. El catarro no fue tratado adecuadamente y le afectó a los pulmones. En apenas un par de meses siguió a su esposa a la tumba, y Alfred quedó en posesión de la enorme y vieja abadía y de todos los terrenos que se extendían a su alrededor.

En aquel momento, la señora Elmslie tuvo la poca delicadeza de empeñarse por segunda vez en que mi padre diera su consentimiento a la boda. Él volvió a negarse de un modo más enérgico aún que en la primera ocasión. Pasó más de un año. El momento en que Alfred alcanzaría la mayoría de edad se aproximaba con rapidez. Yo regresé de la universidad para pasar las vacaciones en casa e hice algunos avances destinados a mejorar mi relación con el joven Monkton.

Mis avances fueron rechazados. Con completa corrección, cierto; pero, aun así, de un modo tal que sugería claramente que me guardara de volver a intentar ofrecerle mi amistad. Cualquier disgusto que hubiera podido sentir a causa de aquel mezquino rechazo quedó borrado de mi mente debido a una verdadera desgracia que acaeció en el seno de mi familia. Hacía ya algunos meses que la salud de mi padre se había ido deteriorando, y, precisamente en el momento al que estoy haciendo referencia, sus hijos tuvieron que lamentar la irreparable calamidad que supuso su muerte.

Debido a alguna informalidad o error en el testamento del difunto señor Elmslie, esta contingencia dejó el futuro de Ada enteramente a disposición de su madre. La consecuencia fue la inmediata ratificación del compromiso matrimonial al que con tanta vehemencia se había opuesto mi padre. Tan pronto como el acontecimiento se anunció pú-

blicamente, algunos de los amigos más cercanos de la señora Elmslie, que estaban al tanto de los sucesos referentes a la familia Monkton, se aventuraron a intercalar entre sus felicitaciones formales una o dos referencias a la difunta señora Monkton y a la disposición de su hijo.





La señora Elmslie recibió siempre estas educadas indirectas con una única y enérgica respuesta: primero, admitía la existencia de aquellos rumores sobre los Monkton que sus amigos se resistían a especificar; después, declaraba que no se trataba sino de infames calumnias. Hacía generaciones que la corrupción hereditaria había desaparecido de la familia. Alfred era el mejor, el más amable y el más cuerdo de todos los seres humanos. Amaba el estudio y la soledad; Ada simpatizaba con sus gustos y había hecho su elección de modo imparcial; si alguien volviese a pronunciar en voz alta alguna indirecta que pudiera implicar que su madre estuviese sacrificándola al entregarla en matrimonio, tal indirecta sería tomada como un insulto personal hacia ella, pues poner en duda su afecto por Ada sería una monstruosidad. Aquel modo de hablar silenció a la gente, pero no la convenció. Empezaron a sospechar lo que de hecho no era sino la auténtica verdad, que la señora Elmslie era una mujer egoísta, materialista y codiciosa, que quería casar bien a su hija, sin que le importaran las consecuencias mientras pudiese ver a Ada convertida en la señora de la mayor posesión del condado.

En todo caso, pareció como si la fatalidad conspirara para evitar que la señora Elmslie consiguiese el que era su mayor objetivo en la vida. Apenas acababa de desaparecer, debido a la muerte de mi padre, el primer obstáculo a la mal predestinada boda, cuando le sucedió otro, en forma de ansiedad y males causados por la delicada salud de Ada. Aunque fueron muchos los doctores consultados, todos coincidieron en aconsejar que el matrimonio debía aplazarse, y que la señorita Elmslie debía abandonar Inglaterra por un tiempo y residir en un clima más templado, el sur de Francia, si no recuerdo mal. De este modo, justo antes de que Alfred fuera declarado mayor de edad, Ada y su madre partieron hacia el continente, por lo que entendimos que la unión entre los dos jóvenes había quedado pospuesta indefinidamente.

En la vecindad se despertó cierta curiosidad por lo que haría Alfred Monkton vistas las circunstancias. ¿Acaso seguiría a su amada? ¿Iría de regatas? ¿Abriría por fin las puertas de la vieja abadía de par en par y se propondría olvidar la ausencia de Ada y el retraso de su boda mediante un sinfín de festividades? No hizo nada de eso. Sencillamente permaneció en Wincot, llevando un modo de vida tan sospechosamente extraño y solitario como el que había seguido su padre antes que él. Literalmente, no tenía más compañía en la abadía que la del viejo sacerdote que había sido su tutor desde la más tierna infancia (debería haber mencionado con anterioridad que los Monkton eran católicos romanos). Cumplió la mayoría de edad, y en Wincot ni siquiera se organizó una pequeña cena privada para celebrar el evento. Las familias del vecindario decidieron olvidar la ofensa que les había hecho su padre mediante su reserva, y le invitaron a sus casas. Las invitaciones fueron rechazadas educadamente. Uno tras otro, todos los visitantes que llamaron con resolución a las puertas de la abadía se vieron rechazados con la misma resolución tan pronto como hubieron dejado sus tarjetas de visita. A causa de esta combinación de actitud siniestra y agravante, las gentes de los alrededores empezaron a agitar misteriosamente las cabezas cada vez que se mencionaba el nombre del señor Alfred Monkton, mientras aludían a la desgracia familiar y se preguntaban malhumoradamente, o con tristeza, según les inclinase su temperamento, qué sería lo que podría ocuparle mes tras mes en aquella solitaria y vieja casa.

La respuesta correcta a este interrogante no fue fácil de descubrir. Resultaba completamente inútil, por ejemplo, preguntarle al sacerdote al respecto. Se trataba de un viejo caballero, correcto y silencioso, cuyas respuestas siempre eran excesivamente comedidas y educadas; pero, aunque parecían acarrear una inmensa cantidad de información, todo el mundo observó que cuando se reflexionaba sobre las mismas nada tangible podía extraerse de ellas. El ama de

llaves, una extraña anciana de modales abruptos y repelentes, era demasiado fiera y taciturna para ser interrogada sin riesgos. Los pocos sirvientes que había en la casa llevaban con la familia el tiempo suficiente como para haber aprendido a mantener por lo general sus bocas cerradas en público. Solo a través de los labriegos que abastecían la mesa de la abadía se pudo obtener alguna información; información que por otra parte resultó ser excesivamente vaga.

Algunos de ellos habían observado al «joven señor» recorriendo la biblioteca con montones de papeles polvorientos entre las manos. Otros habían oído ruidos extraños en las zonas deshabitadas de la abadía, habían mirado hacia arriba, y le habían visto forcejeando con las viejas ventanas, como si quisiera que el aire y la luz penetraran en unas habitaciones que se habían supuesto cerradas durante años y años; o le habían descubierto peligrosamente erguido sobre la cumbre de una de las torretas semiderruidas, a las que, que se recordara, nunca nadie había subido con anterioridad, debido a que popularmente se las consideraba habitadas por los fantasmas de los monjes que en el pasado fueron los propietarios del edificio. El resultado de estas observaciones y descubrimientos, una vez extendidos por la comarca, fue por supuesto la instauración de la firme creencia de que el «pobre joven Monkton estaba siguiendo el mismo camino que el resto de la familia había transitado antes que él». Opinión que siempre pareció verse refrendada en la mente popular con la convicción (fundada en ninguna prueba en concreto) de que era el sacerdote quien estaba detrás de toda aquella maldad.

Hasta aquí he hablado a partir de anécdotas que me fueron contadas. Lo que voy a narrar ahora es el resultado de mi propia experiencia.

Unos cinco meses después de que Alfred Monkton se hiciera mayor de edad, yo abandoné la universidad y decidí distraerme e instruirme un poco viajando al extranjero.

Cuando abandoné Inglaterra, el joven Monkton aún practicaba su vida de recluso en la abadía, y estaba, en opinión de todo el mundo, hundiéndose rápidamente, si es que no había sucumbido ya del todo, en la maldición hereditaria de su familia. En cuanto a las Elmslie, los informes decían que la salud de Ada se había beneficiado de su viaje, y que, por tanto, madre e hija se encontraban ya de camino hacia Inglaterra con la intención de restablecer los lazos con el heredero de Wincot. Antes de su regreso, yo ya había iniciado mis viajes para dedicarme a vagabundear por media Europa sin apenas planear de antemano las rutas que iba a seguir. La casualidad que me había guiado hasta entonces me llevó de igual modo hasta Nápoles. Allí me encontré con un viejo compañero de instituto, que era uno de los *attachés* de la embajada británica. Y también allí comenzaron los extraordinarios hechos conectados con Alfred Monkton que forman el núcleo principal de la historia que ahora les estoy relatando.



